

## ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA

POR

EL DR. GUSTAV PETER.

A.

El profesor Levy-Bruehl de París ha escrito un libro sobre la psicología de los pueblos primitivos, el cual se encuentra citado en casi todos los trabajos modernos que tratan de este asunto.

La tesis pretende probar que la psicología moderna es incapaz de hacer comprender la psicología primitiva, porque las leyes psicológicas primitivas son fundamentalmente diferentes de las nuestras.

Los criterios que deben demostrar esta diferencia fundamental en el modo de pensar son los siguientes: la psicología primitiva es, en primer lugar, *mística*, en segundo lugar, es *ilógica*, en tercer lugar no rechaza la *contradicción*, sino al contrario, en ella campea en cuarto lugar una ley de *participación*, que postula las relaciones más contradictorias, entre cosas y hechos. Más tarde hablaremos de la definición de estos conceptos y nos ocuparemos primero de los detalles de una psicología primitiva que entre otros sirve a Levy-Bruehl como ejemplo probatorio de la psicología totémica.

La obra más completa y más competente sobre el asunto, son los cuatro tomos de Frazer sobre el totemismo y exogamia. Frazer distingue tres formas de totemismo: totemismo de tribu, totemismo de sexo y totemismo individual, y el autor cree, que la segunda y la tercera forma son descendientes tardías del totemismo de tribu.

Según Frazer, el totemismo es un animal, o una planta, raras veces un objeto sin vida o artificial, el cual tiene en la creencia primitiva una relación importantísima y mutua con la tribu o el individuo.

Los individuos tienen el mismo nombre que su totem, al cual consideran como su protector. Por eso le tienen gran respeto, lo veneran, no cazan el animal, ni cogen la planta. En general creen, los primitivos, que ellos descienden de su totem. En sus fiestas se ponen la piel de su totem y

bailan con movimientos semejantes a los de su totem. Los socios de un grupo totémico se toman como hermanos y hermanas, ayudando los unos a los otros. Pero no se casan entre sí, sino toman sus mujeres de otros grupos, costumbre conocida bajo el nombre de exogamia. Así pues, el totem se presenta como organizador social y Levy-Bruehl menciona que frecuentemente participan a tal organización totémica, no sólo animales y plantas, sino todos los objetos naturales y artificiales, el sol, la luna, las estrellas, las direcciones cardinales del espacio, los colores, los días y sus fechas, las estaciones del año, los números, los nombres y palabras, los elementos de la naturaleza, el aire, el agua, el fuego y la tierra misma. Cierta árbol pertenece a determinado grupo totémico, y su madera sirve solamente a los socios de este grupo para sus armas, sus objetos, sus cajas mortuorias, etc. El campamento del grupo totémico en una tribu corresponde con la dirección del espacio que pertenece al totem. Los socios del totem del aire en la América del Norte saben provocar o evitar las tempestades de nieve. Se les consulta, deseando una brisa que lleve los mosquitos. Los socios de un totem y sólo ellos pueden asegurar la existencia continua de ciertos animales o plantas de su totem por medio de ceremonias y danzas con máscaras, tatuajes, disfraces que aumentan la influencia sobre los seres mencionados, proporcionando al portador todas las calidades típicas de ellos. Hoy día aun los tarahumaras se ponen un cinturón de cascotes de venado en sus viajes largos, creyendo que éste les comunicará la misma facilidad para caminar y correr que tiene el animal.

No cabe duda que a primera vista todas estas costumbres y estas creencias parecen muy extrañas. No los entendemos sin hacer estudios especiales, que nos cuestan bastante trabajo. Antes de analizar esta psicología totémica, hay que mencionar que se la ha encontrado en muchísimas partes del mundo, tanto que el conocido psicólogo-etnólogo Wundt cree que el totemismo debe haber existido en tiempos remotos en todo el mundo como estado elemental de toda la psicología. Sin tener todavía conocimiento de esta opinión de Wundt, mis estudios sobre la psicología azteca en sus monumentos y códices me convencieron, que también en México debe haber existido el totemismo, porque al buscar el criterio por el cual se distingue la psicología primitiva de México de la psicología científica moderna, encontré en la mitología azteca el mismo modo de formar los conceptos, que caracteriza el totemismo. Más adelante tendremos que hablar detalladamente sobre esto.

Como única prueba directa de mi convicción encontré un trabajo del profesor Beyer en México, postulando como probable, relaciones prehistóricas de los indios mexicanos con los indios de la América del Norte, en donde todavía encontramos el totemismo típico.

Esta prueba ha sido confirmada más sólidamente por los estudios interesantísimos de Miguel O. de Mendizábal sobre las migraciones prehistóricas. En cambio mis resultados del estudio psicológico van a confirmar sus propios resultados del estudio etnológico. Esto ha sido para mí tanto más satisfactorio cuanto que Mendizábal me ha proporcionado la prueba absolu-

ta de que el totemismo ha existido en México, proporcionándome así la posibilidad de salir de todas las dudas científicas que pudieron hacer incierta mi tesis que la psicología azteca es en el fondo psicología totémica.

Sólo voy a mencionar los hechos más convincentes encontrados por Mendizábal en las crónicas.

Dice Burgoa: "Los pintores indígenas hacían proceder a los indígenas de unos corpulentos árboles o de rudos peñascos y a otros de tigres y otras fieras."

"Los caciques mixtecas provenían de los dos árboles de Achiutla. De estos árboles produjeron a los dos primeros caciques, varón y hembra, de quienes después por generación tuvo principio la nación mixteca."

Reconozco en estas frases el criterio fundamental del totemismo de tribu o de grupo y en las que siguen el del totemismo individual.

Dice Gay de los zapotecas: "El nombre que se daba al niño era el de una planta o animal de acuerdo con el día en que había nacido. (El nombre de la mujer era por lo común de flor y el del hombre de animal.) Los indios relacionaban la vida del hombre con la del bruto que le tocaba en suerte. El sacerdote mostraba a los de la casa el animal cuyo nombre había escogido, y que desde entonces era *la tona* del infante, es decir su mejor amigo, la mitad de su ser, u otro yo, algo más inmediato y protector, que el ángel tutelar de los cristianos. Según las palabras textuales de Burgoa fue comunicado con tal animal su suerte y fortuna." Continúa Gay: "Según los indios aseguraban, la bestia protectora aunque fuese un león, se presentaba dócil y mansa, dejándose abrazar y tratar por el niño. Una vez asegurada aquella alianza, la bestia y el niño corrían igual fortuna, próspera o adversa, quedando la misma vida sujeta a idénticos peligros. Si la fiera en el bosque se veía cogida en un lazo o atravesada por el dardo de algún cazador, las heridas aparecían en los miembros correspondientes del niño, sin que pudiera señalarse otra causa. Recíprocamente, si el niño transformado ya en joven, por la edad, en la guerra moría o era mutilado, acontecía otro tanto con *la tona*. Tan persuadidos estaban los indios de esto, que no bastaría a desengañarlos la razón más concluyente.

Verdad es que no existen ya calendarios y que se han perdido de los registros de la memoria el orden y la forma antigua de encontrar la tona, pero sustancialmente la superstición vive. Pues, cuando era inminente el alumbramiento de un niño, los comadrones y parientes se dedicaban a delinear sobre la ceniza o la arena culebritas, coyotes y otros animales, marcando el que corresponde al instante de la aparición como el protector de la criatura.

Había otro género de alianza y unión más estrecha todavía, en virtud de la cual el hombre podía tomar a placer la figura de la bestia, ejecutando por este medio las venganzas y maleficios que estaban a su alcance. "Los unos se transformaban en enormes serpientes, los otros en lobos o coyotes. Detrás de los matorrales o en la espesura de los bosques espiaban la ocasión de acometer a su víctima."



Fig. 1. La Piedra del Sol.



ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.



Fig. 2. Detalle de la Piedra del Sol.



Fig. 3. Aguila como símbolo del Sol.



La costumbre totémica de la *exogamia* la encontramos en las frases de Herrera: "Los papas y las religiosas conocían los impedimentos matrimoniales y era defecto esencial tener un mismo número en el nombre, porque si ella se llamaba "cuatro rosas" y el "cuatro león," no se podían casar, porque era necesario, que sobrepujase el número de él al de ella y que fuesen ponientes, porque no lo siendo, no había casamiento."

No cabe duda que todas estas costumbres mexicanas son costumbres totémicas.

Examinemos ahora el primer criterio que caracteriza según Levy-Bruehl la psicología totémica: el MISTICISMO. Según Levy-Bruehl su definición es ésta: el primitivo cree en cosas, fuerzas y relaciones invisibles, indemostrables e imposibles, como si fueran reales, las toma por inportantísimas y se deja influir por ellas en todos sus quehaceres. Vamos a estudiar, pues, si de veras es imposible de comprender este misticismo, desde el punto de vista de nuestra psicología científica. No cabe duda ninguna que la psicología primitiva es sumamente mística. Las relaciones totémicas ya descritas son absolutamente irreales en nuestro concepto y gozan, no obstante, de una importancia sorprendente. Pero vamos a ver si no es absolutamente forzoso este modo de pensar, bajo las condiciones en que se encuentra el hombre primitivo. Para entenderlo, olvidemos por unos instantes toda nuestra educación científica, y todo lo que sabemos de psicología. Desde luego serán sucesos reales nuestros sueños, nuestras autosugestiones, ilusiones y alucinaciones, todos los sucesos subjetivos de la borrachera, el éxtasis y la inspiración por intoxicación, todos tendrán el mismo valor como lo que llamamos "real" nosotros.

Es claro que desde luego *no pueden* ser reales las creencias; todas las relaciones forzosamente deben ser místicas. Pero no veo yo otra diferencia más que la que existe en la cantidad de conocimientos. Sabemos nosotros de los resultados de tantos experimentos psicológicos, de la patología psiquiátrica, de la hipnosis y sugestión, que existen sucesos puramente subjetivos, que no tienen el mismo valor real y objetivo como los otros, y por eso despreciamos el misticismo que se basa en ellos.

Pero hace muy pocos siglos nosotros mismos salimos del misticismo. Y ¿será cierto, de veras, que todos nosotros lo despreciamos?

Antes de contestar a esto voy a profundizar el entendimiento del misticismo primitivo. El yo primitivo se compone no sólo de la forma y de los movimientos del cuerpo, sino de deseos, de ansias, de voluntades, de instintos e impulsos, en fin, de fuerzas invisibles que influyen en la forma y los movimientos y que, no obstante su carácter inmaterial, tienen una realidad absoluta e imponente, como fuerzas motrices de todo el yo. Ahora bien, observando el primitivo a su prójimo, encuentra la misma forma y los mismos movimientos como en sí mismo; y como el instinto social le obliga a



vivir y concertarse con él, forzosamente tiene que suponer la existencia de las mismas fuerzas motrices invisibles, en analogía a las suyas. Se trata ya de un misticismo indemostrable que toda la filosofía del siglo XX no ha podido vencer. Y no teniendo conocimientos físicos, ni químicos, ni climatológicos, ni biológicos, es lo más natural suponer la existencia de las mismas o semejantes fuerzas motrices invisibles en todos los objetos que rodean a uno, cambiando su forma, su color y moviéndose al mismo tiempo. Así no hay que creer que son seres místicos los animales, las plantas, la tierra, el cielo, las nubes, los aires, los ídolos, las sombras, los objetos reales, soñados o fantaseados. Cuanto más potentes son estas fuerzas, tanto más preciso será de respetarlas, como es preciso vivir en paz con su prójimo o prevenir a sus intenciones malas.

Ninguna relación más real, que ésta: un brazo herido no funciona bien, y el hombre herido por otro, toma venganza. Ninguna analogía más lógica, que ésta: agricultura significa herir la tierra y trae mala suerte, una creencia que encontramos entre ciertos indios de la América del Norte, junto con otra, que no permite mejorar o perfeccionar los instrumentos del trabajo, porque sólo la forma acostumbrada garantiza la función perfecta. Cualquier otra forma, sería, hablando en nuestra terminología, patológica y resultaría mal.

Tampoco me parece imposible entender los sistemas de parentesco y afinidad, en que creen los primitivos, y que no tienen nada que ver con las relaciones de descendencia biológica en las cuales se basan nuestras propias costumbres.

No hay nada de extraño al tomar por parientes a otras personas, mientras no es conocida todavía la importancia biológica de la paternidad y mientras no existe la monogamia, sino la poligamia o el matrimonio de grupos, casándose varios hombres con varias mujeres, de manera que cada niño tiene varios padres y varias madres. Tampoco es incomprendible, que los primitivos toman animales por parientes, si nos recordamos que toman sueños y alucinaciones por realidades y que ven de vez en cuando el nacimiento humano patológico de criaturas deformes o monstruos con forma de foca o semejante a cualquier animal. Que no es lógico, conociendo tales sucesos en la descendencia, de suponer los mismos sucesos en la ascendencia.

Sólo conocimientos biológicos muy desarrollados permiten tener nuestras ideas sobre el parentesco, pero aunque ya desarrollados tales conocimientos, la tradición hace persistir muchas veces las costumbres más primitivas. Cuanto más primitiva es una tribu, tanto más aparecen forzosas las relaciones místicas; y tomando en cuenta las condiciones en que se encuentra el primitivo, para mí sería incomprendible, si el primitivo tuviera por ejemplo un concepto atea del mundo o si fuera un filósofo positivista o relativista. La única diferencia que existe es la diferencia en los conocimientos. Pero esta diferencia no es lo bastante fundamental para hacer incomprendible una psicología para la otra.

Al contrario! Analizando la psicología científica, encontramos luego

que el científico casi siempre que se encuentra en las mismas condiciones como el primitivo, es decir, no teniendo ningunos conocimientos o experiencias imperfectos, cree en fuerzas místicas, invisibles o indemostrables.

Recuerdo muchos científicos que se convirtieron en espiritistas delante de los misterios de la muerte, como Voltaire y Kepler; recuerdo otros que creen en la teoría de selección de Darwin en un sentido absolutamente teológico, creyendo, por ejemplo, que las guerras sirviesen para el mejoramiento de las razas. ¿No sería mística la fuerza que podría producir tal resultado?

Hace ciento cincuenta años que el famoso químico Lavoisier formuló la teoría de que la combustión consistía en escaparse una substancia invisible de los cuerpos encendidos, substancia que llamó phlogiston.—Casi todos los profesores de filosofía en Europa todavía creen en la teoría de Kant que detrás de los objetos existe un objeto que en sí no podemos nunca apereibir, del cual no podemos tampoco conocer calidades, excepto esta única que existe. Y hoy día hay muy pocos físicos que no creen en la existencia absoluta de una energía eléctrica, en las moléculas, átomos, electrones, iones, que nadie ha visto ni verá. Y no hay ni un solo psiquiatra moderno que no suponga por analogía la existencia de impulsos psíquicos y de instintos en sus enfermos.

¿Cuál, pues, es la diferencia entre el misticismo totémico y el misticismo científico.

### C.

El segundo criterio en que difiere la psicología primitiva fundamentalmente de la psicología científica según Levy-Bruehl es lo ILOGICO, y el tercero lo CONTRADICTORIO. Podremos discutir los dos criterios juntos, porque tenemos que definir la lógica como la repetición de las experiencias acostumbradas y de los sucesos habituales. Lo ilógico es, pues, lo contradictorio a estos sucesos y experiencias habituales. Como estamos acostumbrados a fijarnos sólo en los sucesos objetivos, para nosotros es ilógico pensar que una roca pueda dar luz a un hombre; que un hombre pueda transformarse en animal; que sepan hablar las piedras; que se presente dócil y manso un león. Son contradictorias a esto todas nuestras experiencias, y Levy-Bruehl parece tener razón, cuando dice que también el primitivo conoce estas experiencias, pero sin hacerles caso, lo que prueba que no siente la contradicción. Repetimos que lo que parece ser ilógico, muchas veces es muy lógico en su fondo, y también, cuando no lo es, tiene sus razones que lo justifican y que lo hacen encontrar hasta en la ciencia más alta y más desarrollada.

En primer lugar hay que repetir, que para el primitivo los sueños y fantasías, tienen valor real; son sucesos en que él está acostumbrado a fijarse y subjetivamente no hay relaciones imposibles; sus creencias fantásticas están de acuerdo con sus experiencias. Y cuando no lo son, es decir, cuando por ejemplo sus ceremonias místicas fallan frecuentemente, los fracasos no

son forzosamente contradictorios a las creencias. El primitivo puede tener en sí poca confianza, viendo que sus propios deseos, sus ganas, sus humores son poco duraderos e incalculables. Como hay, pues, manera de preocuparse por las incertidumbres, los caprichos y malos humores de los otros seres.

El mismo puede negar nueve veces un servicio y ceder la décima vez, si le dan las ganas; porque hay que esperar otra cosa de los animales, de las plantas, de los aires, de las lluvias o de otros seres. No cabe duda que ellos conceden los favores pedidos tanto como los niegan. Como el primitivo está acostumbrado a estas experiencias, no es para él ni ilógica ni contradictoria su superstición. Relata Gay en su historia de Oaxaca lo siguiente: "Reprendiendo Burgoa a un indio tan supersticiosa práctica, recibió esta contestación: "Padre, esa fortuna fue con la que nací, que yo no la busqué; porque desde muy niño veo a ese animal muy cerca de mí y suelo comer de lo que come, etc." Fijémonos en el papel de los sucesos acostumbrados, que deben justificar las creencias supersticiosas e interpretar su lógica.

Tampoco es verdad, que no sea capaz el primitivo de sentir la contradicción. Lo científico que no corresponde a sus propias experiencias acostumbradas, está rechazado por él. Levy-Bruehl mismo menciona que negros australianos no tuvieron ni la menor fe en el hospital moderno y sus métodos científicos, sino huyeron cuanto antes posible.

Ahora bien, como hemos visto que se pueden entender las contradicciones primitivas como lógicas, vemos también que no carece de lo ilógico la ciencia, y vemos por qué existe forzosamente lo ilógico en cualquier psicología.

No cabe duda que la teoría de Einstein es científica en alto grado. Ella explica la constancia universal de la velocidad de la luz por una contracción de los objetos en la dirección del movimiento. Podemos entender esta situación comparándola con lo que pasa al alejarse un tren de nosotros. Sus carros se hacen cada minuto más chicos, de manera que no hay nada de contradictorio en esta idea de Einstein, porque corresponde con experiencias conocidas. Pero según la fórmula de Einstein  $x = 1 \sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}$  la contracción es independiente del sentido de la dirección del movimiento, es decir, el tren se hace más chico al regresar también, lo que es contradictorio a todas nuestras experiencias acostumbradas y por lo tanto ilógico. Así se entiende que al principio los físicos más competentes no aceptaron la teoría. Pero cuando las consecuencias prácticas experimentadas en el eclipse del sol afirmaron la teoría, los mismos físicos ya no se preocuparon por la contradicción, sino aceptaron una teoría ilógica tal como fue presentada. Lo mismo pasó con el concepto nuevo del espacio encorvado de Einstein, que es absurdo, desde el punto de vista de la lógica, porque tiene un volumen limitado a pesar de que es indefinido. Pero para el uso práctico de la matemática en la astronomía es un concepto sumamente útil.

Encontrando, pues, lo ilógico en cualquier psicología, vemos que ello

ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.



Fig. 4. Los árboles de las direcciones cardinales.

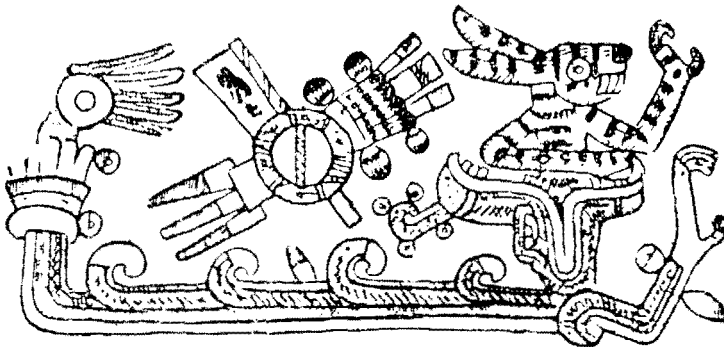


Fig. 5. Quetzalcoatl. Dios del aire.



ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.

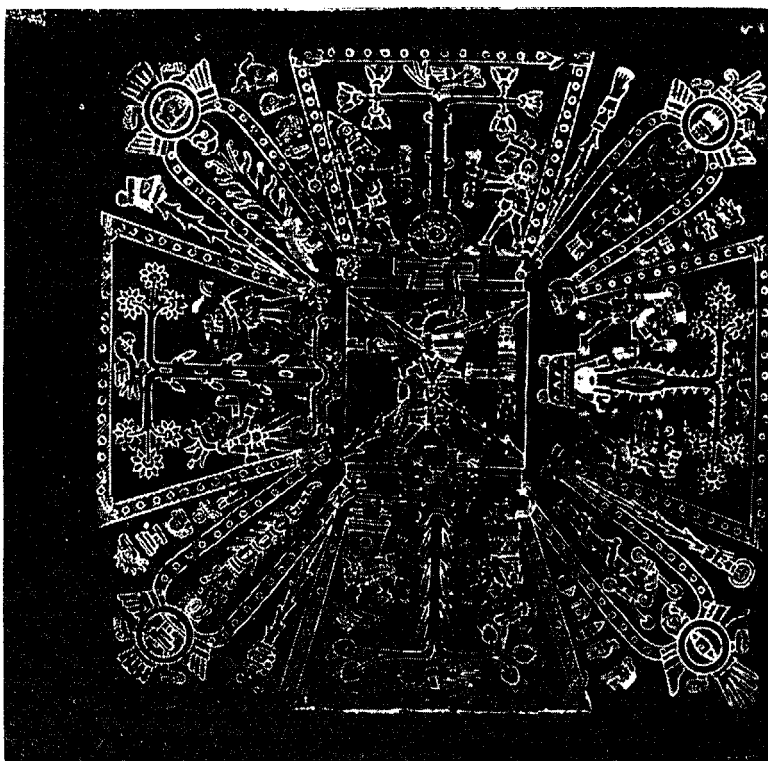


Fig. 6. Anatomía mágica.



ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.

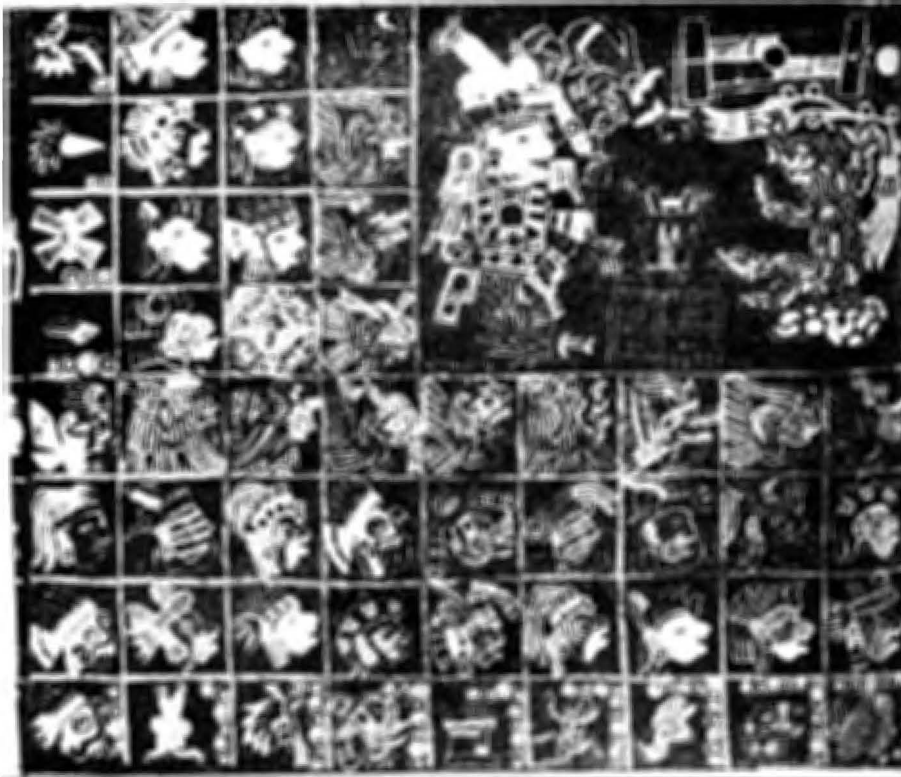


Fig. 7. Página del Tonalimatl, calendario azteca.





tiene su razón en lo ilógico de la naturaleza, y aunque debe tener la Lógica una importancia predominante, no debemos estimarla en mucho, ni debemos estimar en poco lo irracional. No debemos creer que las leyes de naturaleza, elaboradas por la Lógica sean verdades definitivas y eternas, de otro valor fundamental que las supersticiones primitivas. El espíritu humano, ya sea primitivo, ya sea civilizado, ora crea en teorías supersticiosas, ora en científicas, siempre trata de comparaciones útiles. Es una comparación cuando el azteca cree que la luz es una flecha lanzada por el sol o por una estrella. Y sólo fue *más conveniente* creer más tarde que se compararía mejor con partículas elásticas pequeñísimas emitidas por el sol. Permitió esta teoría calcular las leyes de reflexión, pero no sirvió tampoco para entender los fenómenos de la polarización y de la refracción. Entonces fué más útil todavía comparar la luz con las ondas transversales del agua, cuyas leyes permitieron fácilmente calcular los efectos de los fenómenos mencionados. Pero tampoco sirvió esta teoría para explicar el experimento de Michelson, es decir, la constancia universal de la velocidad de la luz, o la nulidad del teorema de la adición de las velocidades. Para este fin Einstein tuvo que comparar la luz con un campo electromagnético, cuyas leyes corresponden con la propagación de la luz.

Se trata, pues, en la ciencia de una continuación directa del método más primitivo de pensar. Nuevos hechos obligan a formar nuevos conceptos, pero no existe otra diferencia, que la diferencia evolutiva de la cantidad de conocimientos, una diferencia que no es esencial.

## D.

Entramos ahora en la discusión de las *participaciones* que, según Levy-Bruehl, causan las relaciones místicas, ilógicas, y contradictorias. "Participación" quiere decir, que los objetos y los seres son los que son y al mismo tiempo son idénticos con otros seres, objetos o fuerzas místicas, que existen fuera de ellos. Sucesos que para nosotros son absolutamente independientes los unos de los otros, participan mutuamente los unos con los otros en la psicología primitiva.

Analicemos la formación de conceptos según los métodos de la psicología moderna y veamos si de veras la participación representa una ley nueva y diferente de las leyes de nuestra psicología. Sin duda encontramos el estado psicológico más primitivo inmediatamente después del nacimiento, pero no podemos analizarlo porque falta todo conocimiento, toda memoria y toda imaginación. Pero podemos imaginarnos que lo que pasa es semejante a lo que pasa cuando trabajamos en un cuarto oscuro desconocido, por ejemplo al revelar películas. Encontramos un continuo caótico de sensaciones; no tenemos conocimiento ni concepto de nada y chocamos por todos lados. No podemos conocer nada, porque no hemos formado ideas sobre la composición del cuarto. Sólo al repetirse ciertas sensaciones y choques en la misma sucesión del espacio o del tiempo o de un modo semejante, las re-

cordamos y con eso las aislamos del caos, formándonos un primer concepto de las cosas, de su composición y de su colocación. Desenredamos el caos, poniendo en orden las sensaciones semejantes o sucesivas, clasificándolas como conceptos de los objetos o sucesos. En el momento en que separamos unas sensaciones de otras y juntamos ciertas para recordarlas como conceptos ha empezado el conocimiento, la abstracción, el pensar. Pensar quiere decir, pues, clasificar un caos, quiere decir, separar, comparar, juntar ciertas partes del caos sin conciencia. Es claro que este procedimiento es arbitrario; nosotros hablamos de los fundamentos de una pirámide; el azteca habla de los lugares importantes de la pirámide. Nosotros hablamos de un país extranjero, el azteca lo llama país en que se vuelve uno mudo.

Si pensar significa clasificar, también significa recordar, porque si olvidamos cada vez los sucesos, no se forma ni conciencia ni conocimiento. Conocemos la curva de una piedra lanzada, porque nos recordamos en cada momento del lugar en que se encontró la piedra en los momentos pasados. La piedra no se recuerda y por eso no tiene conciencia. Buscando, pues, las leyes de la memoria, encontramos las leyes psicológicas más fundamentales.

Ya mencionamos que la ley fundamental de recordar las cosas y sucesos es la LEY DE LA NATURALIEZA.

Viendo las pirámides de Teotihuacán, nos recordamos de las pirámides egipcias o de la pirámide de Cuernavaca o de las del Mississipi o de un triángulo geométrico simple o de una torre astronómica que sirve para observaciones semejantes. *Esta ley se divide en tres:*

*La semejanza en el carácter*, ilustrada con el ejemplo ahora mencionado; además *la semejanza en la sucesión en el espacio y la semejanza en la sucesión en el tiempo.*

Recordamos los objetos como los encontramos constantemente en el espacio. El Zócalo, la Catedral, Av. Madero, el Teatro, la Alameda, el Paseo, Chapultepec, el Castillo. Los conceptos de los objetos se forman según esta ley. La misma combinación de sensaciones repitiéndose en el espacio forma el concepto de un árbol, o de una casa, o de un animal.

Por fin, los conceptos de los sucesos y de las leyes naturales obedecen a la ley de la semejanza en la sucesión en el tiempo. Encontrando diez veces que la aguja magnética se mueve de una manera semejante al acercarse al acero, lo recordamos como regla. Encontrando la misma sucesión mil veces, lo recordamos como ley natural que permite decir "post hoc ergo propter hoc" y que permite predecir que pasará lo mismo en el porvenir.

*Estas leyes de la memoria son al mismo tiempo las leyes de la asociación de ideas.* Asociar no es otra cosa que recordar y ahora vamos a probar que las participaciones de Levy-Bruehl no son otra cosa que asociaciones de ideas que obedecen a las mismas leyes de la memoria.

Desde luego encontramos en la psicología primitiva la ley de la semejanza en la sucesión de las sensaciones en el espacio, porque encontramos conceptos semejantes de los objetos en todo el mundo. Estudiando, por ejemplo, las figuras en la piedra del sol, encontramos relieves de caras humanas, de

plantas, de animales, de un cráneo, de una casa, que fácilmente reconocemos, recordándonos de nuestros propios conceptos de estas cosas. (fig. 1)

Pero además encontramos signos que no conocemos y que aparecen fundamentalmente diferentes de nuestros conceptos. Analicemos, pues, el signo "nahui ollin". (fig. 2) Sabemos que es un jeroglífico del sol, pero por lo pronto no se entiende qué relación puede existir entre tal dibujo enigmático y el astro solar. La traducción de la palabra ya lo interpreta. "Nahui ollin" quiere decir cuatro movimientos. En el centro circular encontramos la semejanza con la forma circular del sol y en las aspas el símbolo de los cuatro movimientos del sol, o sean los de su viaje diario por los puntos cardinales, o sean los de su progresión anual, los solsticios y equinoccios. El concepto del signo "nahui ollin" representa, pues, una semejanza de carácter con signos característicos del astro solar.

Estudiando la mitología de la piedra del sol encontramos participaciones más aparentes todavía. Al centro una cara humana, en nuestro concepto. Pero todos están de acuerdo que no tiene nada que ver con un hombre, sino que representa el sol mismo o también, y al mismo tiempo, el dios solar, "Tonatiuh". En la periferia dos serpientes con cabezas humanas salientes de sus fauces, pero no son ni hombres, ni serpientes, sino dioses del fuego, Xiuhcoatl y Xiuhotecutli en disfraz de serpientes, idénticos o por lo menos parientes del dios solar. (fig. 3) De los códices sabemos que el águila también es un símbolo solar, viviendo, como el sol, de corazones y de sangre. Otro numen solar es Huitzilopochtli, el dios de la guerra. Tiene una hermana Coyolxauhqui, diosa lunar que tiene como tatuaje en la cara el jeroglífico "oro". Significación importante o participación en esta mitología solar tienen también el color rojo, la dirección del Este, un árbol de chialchihuite (piedra preciosa verde) con un pájaro que tiene relaciones con Quetzalcoatl, el dios del aire, representado casi siempre como serpiente emplumada verde (figs. 4 y 5.)

Todos estos seres participan en un sistema de conceptos que no tienen nada que ver los unos con los otros en nuestro modo de pensar. Y no sólo participan, sino son idénticos en gran parte, según la creencia azteca. Analizando este sistema mitológico encontramos otra vez que se trata de asociaciones de ideas, formadas según la ley de la semejanza en el carácter.

Enumeramos las semejanzas.: La biblia dice: *Dios* crió al hombre a su imagen y semejanza. Hoy día decimos: *El hombre* crea a sus dioses semejantes a sí mismo. Hasta su cara es cara de hombre.—El sol da calor, el fuego lo mismo, se asemejan, son parientes, son idénticos.—Los hombres se disfrazan. Los dioses hacen lo mismo y se ponen las pieles de animales parientes.—El arco solar es semejante al círculo de la serpiente descansando, pues es una serpiente. Xiuhotecutli y Xiuhcoatl, dioses solares con caras humanas, se ponen las pieles de serpientes.—El águila se levanta de la tierra y se mueve en el cielo. Lo mismo hace el sol. El sol, pues, es una águila.—Para poder vivir, el águila necesita corazones y sangre, pues debe tener necesidades semejantes al sol. Por eso el azteca le sacrifica los corazones de

sus presos.—El color del sol es frecuentemente rojo, es semejante al color de oro. El oro sale de la tierra como el sol. Coatlicue, la diosa de la tierra, tiene dos hijos, Huitzilopochtli, idéntico con el sol, y Coyolxauhqui, idéntica con la luna. Cuando ésta se pinta, usa el tetuaje totémico de su familia, el jeroglífico del oro, también nacido de la tierra, de color semejante al sol.—El color rojo se encuentra en general en el Este, en la región del lucero de la mañana. Debe tener relación semejante el dios de esta estrella con la mitología solar. Y la tiene. El dios del lucero es Quetzacoatl, también una serpiente como el dios del sol y el dios del fuego, una serpiente emplumada, en forma de espiral. Es el dios del aire también; lo que no nos asombra, dado el hecho de que los remolinos tan conocidos en México son espirales de polvo.

En fin, todo el sistema de conceptos mitológicos representa asociaciones de ideas formadas según la ley de la semejanza de carácter.

Y también la ley de la semejanza en la sucesión de las sensaciones en el tiempo vamos a encontrar ahora.

Encontrando una sucesión en el tiempo varias veces en manera idéntica o semejante, el azteca se acuerda de ella como ley natural, la usa como teoría que permite profetizar lo que pasará en el porvenir.

En la piedra del sol encontramos jeroglíficos que adornan los cuadrados del gran signo nahui ollin. Reconocemos una cabeza de jaguar con otros símbolos, una cabeza de cocodrilo con adornos simbólicos, la cabeza fantástica del dios de la lluvia, Tlaloc, y por fin un recipiente de agua con la cara de la diosa del agua, Chalchiuhtlicue. (fig. 6). Representan estas figuras cuatro épocas cosmogónicas que habían precedido la época actual del sol, nahui ollin u Ollintonatiuh.

Estas edades prehistóricas fueron designadas por fechas análogamente a la época actual, porque nahui ollin también es una fecha. Al mismo tiempo el jeroglífico correspondiente expresa cada vez la naturaleza del sol que existió en cada época. Los soles pretéritos se llaman, pues:

Sol de tigre, representando el tigre la tierra.

Sol de aire,

Sol de lluvia, representando Tlaloc la región del sur como región del fuego, y

Sol de agua, de manera que las substancias de los cuatro soles correspondieron a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.

Ciertos hallazgos geológicos fundaron sin duda la creencia que estas edades prehistóricas siempre se habían hundido por cataclismos correspondientes a la naturaleza de sus soles. Tales hallazgos fueron, según Beyer, huesos gigantesco que no pertenecían a ninguna especie de animal viviente, conchas y otros restos mariscos, encontrados tierra adentro y a considerables alturas, y probablemente también artefactos indios en terreno cubierto de lava, como los restos de pueblos debajo de la lava del Pedregal. Hundimientos parciales de montañas, ciclones regionales, inundaciones temporarias son pruebas para afirmar tal creencia.

ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.

		Clase							
		1	2	3	4	5	6	7	
Clase 1	←	Astros	↓		↓		↓		
2	←	Hombres	↓	↓		↓		↓	
3	←	Animales							
4	←	Deoses							
5	←	Plantas	↓						
6	←	Direcciones cardinales		↓					
7	←	Colores					↓		
8	←	Numeroes						↓	
9	←	Elementos		↓					
10	←	Objetos				↓			
11	←	Fechas	↓					↓	
<u>Psicologia científica.</u>								<u>Psicologia fotonica.</u>	

Fig. 8. Esquema.



ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.

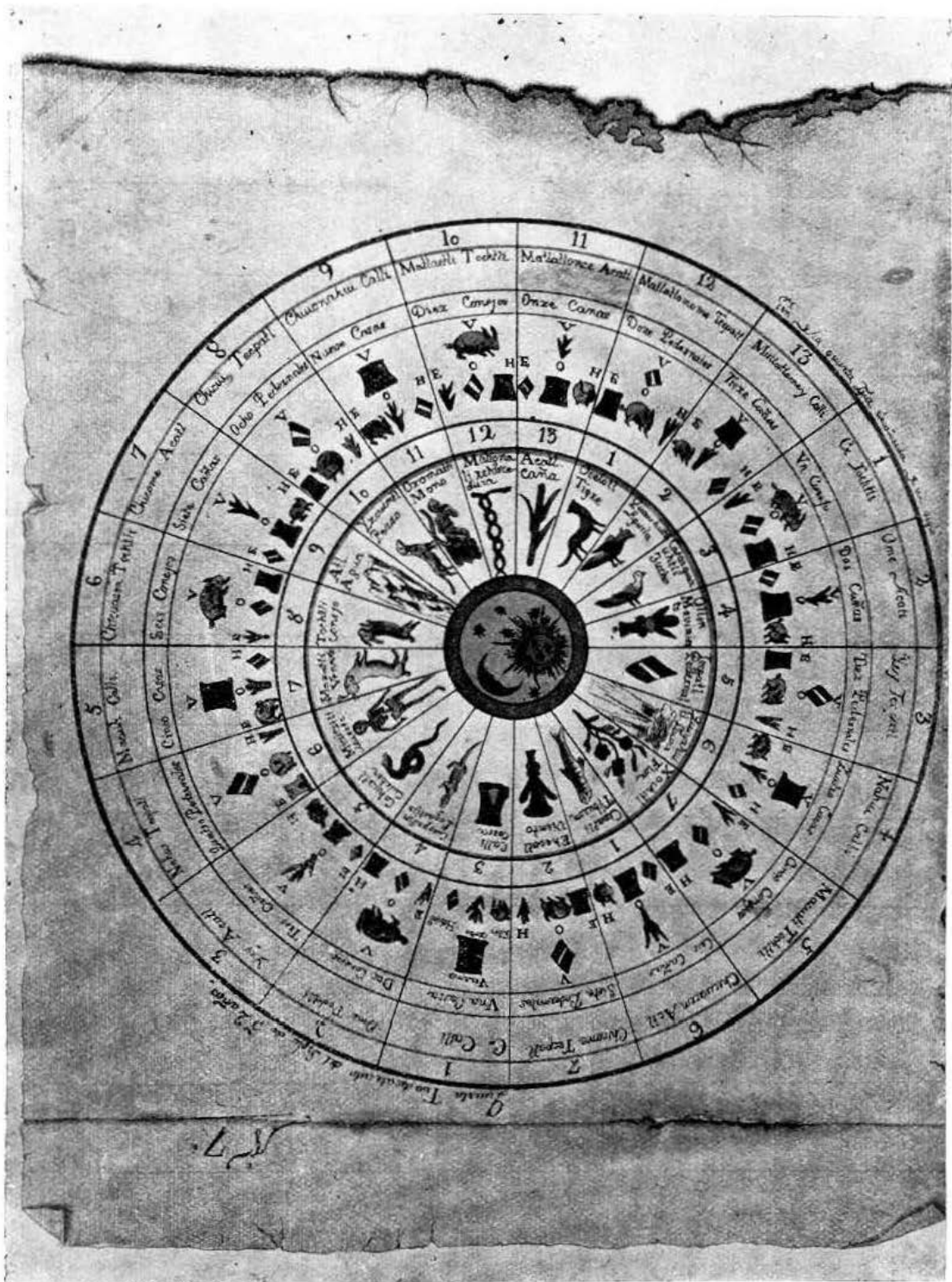


Fig 9. Calendario azteca en forma de corte transversal.





ESTUDIO SOBRE LA PSICOLOGIA AZTECA.

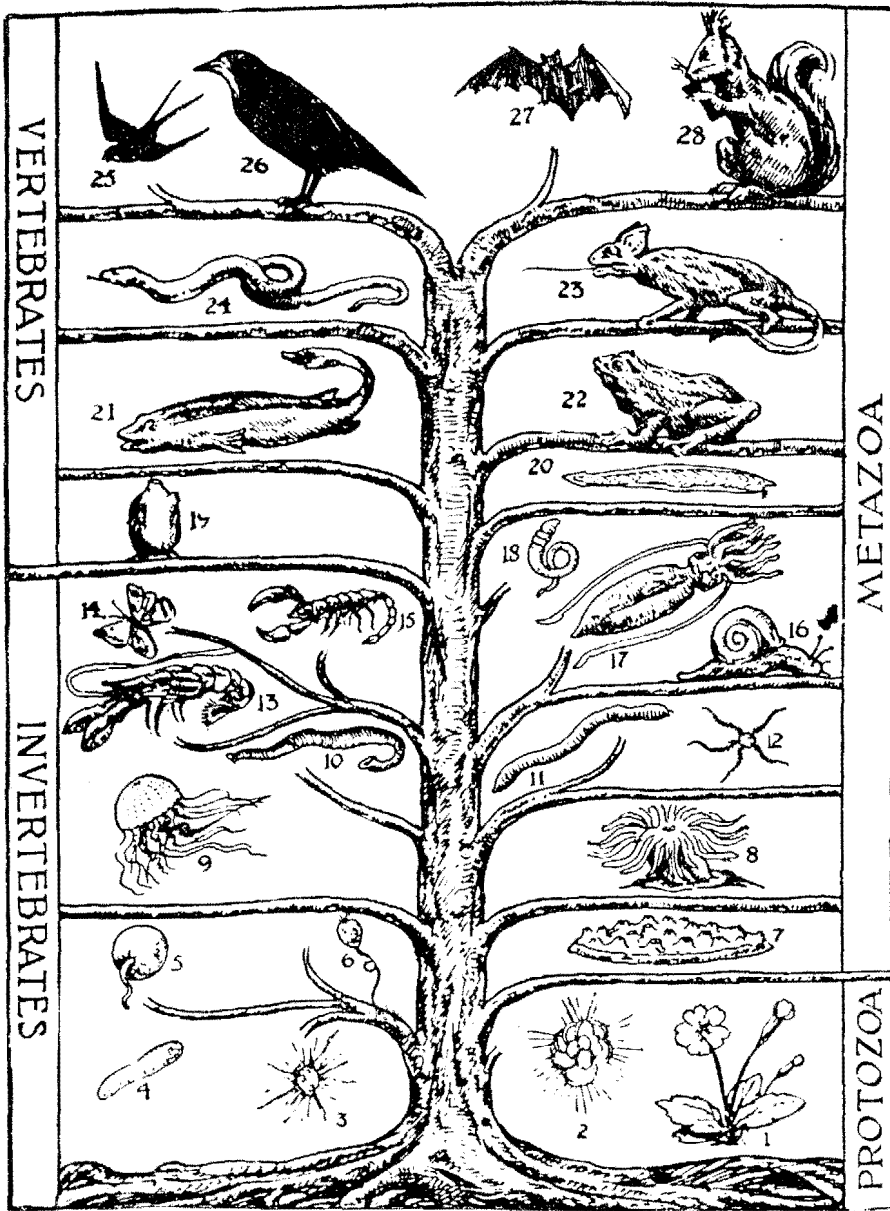


Fig. 10. Arbol genealógico en forma de corte longitudinal.



Esta sucesión, repetida de forma semejante cuatro veces llevó a la conclusión, que también el sol actual iba a perecer por un cataclismo de fuego. Por eso en la última noche de cada ciclo de 52 años, el pasaje de las Pléyades por el cenit era el momento angustiosamente esperado, y que decidía la suerte de la generación existente.

Este sistema de ideas, que contiene sucesiones de sucesos semejantes en el tiempo, y que sirve para conocer el porvenir, no es otra cosa que una ley primitiva de naturaleza, precediendo la ley causal de nuestra ciencia. Esta ciencia primitiva tiene las mismas leyes como bases psicológicas como la nuestra.

En fin, los criterios de Levy-Bruehl no sirven para probar la existencia de una diferencia esencial entre la psicología primitiva totémica y la psicología científica. No vamos a entrar detalladamente en la comparación de los otros factores psicológicos. Sólo quisiera demostrar en breves palabras que la doctrina de nuestra ciencia sobre el orden, la dirección y la *fuerza motriz de las asociaciones de ideas* también existe para la psicología totémica.

Esta fuerza motriz es en todo el mundo el instinto, la necesidad biológica, son los deseos e impulsos orgánicos.

La necesidad de tener luz y calor han creado el culto del sol y toda la mitología solar que acabamos de describir. Hambre y sed han creado el concepto de Tlaloc. El instinto sexual es la base de otras tantas ideas y creencias. El impulso social es la fuerza que cree la organización totémica de los grupos y de los conceptos mitológicos aztecas que representan sin duda restos y testigos del totemismo de tribu, que ha existido en tiempos remotos. El deseo de estar fuerte y sano formó la anatomía mágica (Danzel) y las hechicerías y supersticiones medicinales.

En resumen, la psicología primitiva busca lo agradable y evita lo desagradable.

Lo prueba también la existencia del Tonalamatl, (fig. 7.) del calendario azteca que representa un libro de la suerte, un índice de los días buenos y malos y que permite escoger los días que prometen éxito en las empresas.

Son, pues, los mismos fundamentos biológicos en que se construyen las psicologías, y mientras tanto la biología no nos proporcione hechos convincentes, que existen diferencias biológicas fundamentales entre los cerebros o las secreciones internas de los primitivos y los de los científicos, no tenemos derecho científico de postular tal diferencia entre las psicologías.

¿Qué, no vemos, pues, nosotros diferencia ninguna entre la psicología primitiva y la psicología científica? Qué nos da entonces el derecho de llamarles con nombres diferentes.

Sí, sería ridículo negar toda diferencia, pero la diferencia que vamos a estudiar ahora, es la diferencia de evolución y de educación, es la diferencia entre niño y persona grande, que no conoce ningún obstáculo para

el ya educado de comprender al primitivo y que no conoce ningún obstáculo para que el primitivo llegue a la fase más desarrollada.

Esta diferencia, pues, es sobre todo una diferencia de conocimientos. Negarla, significaría negar los conocimientos que la ciencia ha reunido en miles de años: la astronomía, la geología, la física, la química, la matemática, la geometría, la trigonometría, el análisis espectral, la ciencia eléctrica, la climatología, la paleontología, la prehistoria, y la historia, la sociología, la biología, la botánica, la zoología, la embriología, la anatomía, la fisiología, la antropología, la etnografía, la lingüística, la psicología, etc.

Ya mencionamos que las leyes de la asociación de ideas son las mismas leyes de la memoria. Para no olvidar todos estos conocimientos, es preciso sobre todo conocer el invento de escribir de una manera mucho más eficaz que la representan los jeroglíficos. En este sentido tiene razón la definición, que distingue el primitivo del científico por la existencia de *la escritura*. Pero vamos a profundizar esta definición.

Comparando la psicología primitiva con la psicología científica, encontramos que en esta última *predominan* las asociaciones de ideas según la ley de la semejanza en la sucesión en el tiempo. Nuestro concepto científico del mundo se basa en la teoría de la evolución y de la descendencia. Esta teoría clasifica objetos y sucesos, que de primera vista no tienen nada que ver los unos con los otros, según semejanzas que se han encontrado al comparar las diferentes épocas de la evolución geológica, biológica o sociológica. De esta manera llegamos a la creencia, que nuestra tierra descende del sol, enseñándonos el análisis espectral en el sol las mismas substancias evaporizadas, que encontramos en nuestra tierra a temperatura baja y en forma sólida. Y de la misma manera postulamos que son parientes los peces, los anfibios, los reptiles, los pájaros y los mamíferos, porque son vertebrados, en contraste con todas las especies que se han encontrado en lechos geológicos más antiguos, perteneciendo a una generación más antigua.

De la misma manera postulamos que son parientes los cetáceos, los monos y los hombres, porque son mamíferos y representan la generación más joven de la evolución.

Ahora bien, la psicología primitiva, sin conocimiento de la escritura, tiene que tener una memoria mucho más limitada. No dispone de los variados conocimientos sobre sucesiones en el tiempo. Para clasificar el caos del mundo tiene que limitarse a comparar los objetos y sucesos que encuentra en el tiempo en que ella vive, y esos objetos y sucesos son los que encuentra en el espacio que le rodea. Ya no nos asombra, pues, que forzosamente deben predominar en la psicología primitiva las asociaciones de ideas, formadas según la ley de la semejanza en la sucesión en el espacio. Semejanzas encontradas en cierto hombre, cierto animal, cierta planta, cierta estrella, cierto elemento, hacen entrar estos objetos, independientes para nosotros, en la misma clase totémica, postulando relaciones estrechísimas entre cada uno de ellos.

En vez de ser clasificado el hombre en general en la especie de los ma-

